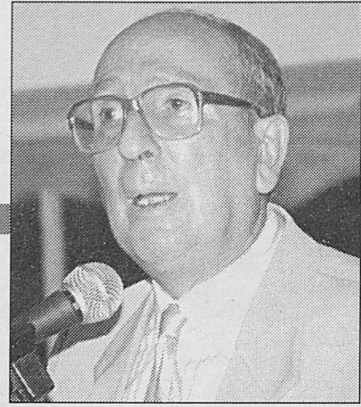


José Martín Recuerda

Vida y obra dramática V



A la conquista del teatro profesional: Madrid

El teatrito de don Ramón, Premio Nacional "Lope de Vega"

El teatrito..., Premio Lope de Vega al año siguiente, en el 1958, es el lamento más amargo que nuestro autor podía lanzar y que, por extensión, durante aquellos años, el país podía hacer suyo. Un grupo de aficionados de provincia vegetan haciendo teatro en una buhardilla. Hacen teatro para los vecinos del barrio. El tiempo pasa y estos cómicos aficionados ven, cada día más, frustrarse sus ilusiones artísticas sin horizonte; frustración como las de las vidas pobres, monótonas y cerradas de sus vecinos espectadores, que, en último término, no soportan ver en aquellos cómicos y sus representaciones el fiel reflejo de su propia imagen, manifestando su desagrado con crueles burlas y vejaciones, no sin antes haber apelado, unos y otros (actores y espectadores), al Poder (en este caso, representado por la Iglesia) como última instancia de posible ayuda y esperanza de liberación. El estreno tuvo lugar en el Teatro Español de Madrid, en el año 1959. Por cierto, sólo se ensayó doce días, de los cuales ocho dirigió el ayudante de dirección, José Osuna, y cuatro el director titular, José Tamayo. Interpretó la obra un magnífico elenco de primerísimas figuras de la escena española, una pléyade de viejas glorias: Irene López Heredia, Manuel Díaz González, Ana María Bassó, etc., que, como es lógico, no se sabían el papel, o al menos no lo



Irene López Heredia, María Bassó y Manuel Díaz González, en una escena de "El teatrito de don Ramón", en el teatro 'Español', de Madrid. Abajo el autor.

dominaban como cabe esperar de tales actores profesionales. Pero por encima, y al margen, de las matizaciones críticas de la puesta en escena e interpretación, la obra provocaba en espectadores y críticos una reacción similar a la que la acción dramática provoca y sufren los personajes que asisten a la representación escénica de don Ramón. Los primeros, los espectadores, no querían despertar a la propia verdad que les devolvía el espejo escénico; los segundos, los críticos, eran fieles representantes del poder establecido y reaccionaron con ira envuelta en burla, y heridos, mostraron desprecio y hasta crueldad. Esta

similitud entre las reacciones internas y externas a la escena, nos anuncia que algo funcionaba bien en este teatro que, para sus penas, José Martín Recuerda proponía. La valorización de esta obra ha sido lenta y progresiva en el tiempo. Hoy, la crítica especializada, la considera una de sus obras fundamentales. En el día de su estreno, salvo raras excepciones, la crítica "panzista" - y "panzista" era casi toda, por razones políticamente obvias y, humanamente, casi comprensivas - parecía preguntarse: "¿Quién es este Martín Recuerda que viene a hablarnos de pobreza, soledad, mediocridad social, insensibilidad y desprecio

del Poder; a amargarnos el optimismo almibarado del teatro que disfrutamos...?".

Decepción y esperanza: creación de Como las secas cañas del camino

El año 1959, con alegrías y amarguras, es un año decisivo en el teatro de José Martín Recuerda. El año se le abrió con la alegría del Premio Lope de Vega obtenido el año anterior, después vino el momento aciago de su estreno y el padecer, para una persona tan propicia como él, la condolencia hipócrita de tantos como, en sus espíritus provincianos, su único éxito es el fracaso del prójimo. Sólo unos pocos sintieron verdaderamente la alegría y la decepción de nuestro autor, entre ellos, cómo no, sus alumnos del Instituto.

Y con el ánimo desolado se dispone a proseguir su obra dramática; una obra que, como después pudo verse, iba a empezar a salir a otros espacios para gritar la libertad de los oprimidos: los personajes salen a la luz del día e incitan a la rebelión a todo un país enclaustrado y de silencio. Y en esta transición se debate Martín Recuerda en este año de 1959. ¿Su estado? Mejor que nada nos lo revelan estas dos muestras, emocionantes, de la continuada correspondencia que, hasta el año 1963, siempre mantuvo con sus amigos Antonio Buero Vallejo y Alfonso Paso:

(Madrid, 30-8-59)

Querido Pepe: No contesté antes a la tuya porque, metido en mis propios líos y no requiriendo contestación inmediata, lo fui dejando. Pero ahora me llega la segunda y me la leo en la cama, y me levanto para escribirte y para decirte: ¡ánimo!. Tú eres tu peor enemigo; del tono esperanzado de la anterior, donde me informabas de peticiones diversas, de otras obras entrevistas ya, a esta destrucción de Ricitos, hay demasiado abismo (Aquí Buero se refiere a Como las secas cañas del camino, título definitivo de la obra que, sucesivamente, se tituló Ricitos, Ricitos de oro y La maestra). No puedes, no tienes derecho a entregarte, a abandonar a esos bandazos, por grande que sea la tentación de la auto-compasión. Impónte a ti mismo algo más de calma: ten presente que nadie puede ayudarte en el fondo salvo tú mismo. Los amigos podemos hablar de ti, enviarte nuestro consuelo y nuestro aliento, tenderte una mano si la ocasión lo presenta, pero no podemos sacarte del pozo si tú te metes en él. Vigílate; tómalo con serenidad... relativa, claro. Y trabaja.

Sobre todo: nunca rompas nada. Parece un consejo absurdo pero no lo es. El escritor debe, sí, corregir, criticarse y hasta desesperarse; pero no romper materialmente, porque la experiencia nos enseña que, lo que en un momento ciego creemos malo, no lo era. Es seguro que una parte, quizá gran parte, de lo que llevabas hecho de Ricitos era bueno aunque ahora no te lo pareciera. Hay que precaverse de esas trampas del desaliento. En tu caso es lógico: estás aún -y te durará hasta que obtengas un éxito, por lo menos - bajo el golpe del Español. Eso "acompleja" mucho. Más adelante aprenderás, tal vez, que un éxito borra ese "complejo" pero para sustituirlo por un "complejo" no menor. Puede ser mi caso actual, en el fondo tan parecido al tuyo. También estoy peleando a brazo partido con una materia infinitamente rebelde: Victoria podría decirte que nunca lo pasé peor. Pero, aunque desahago todo, no rompo nada. Sigo, a ciegas y tratando de ver, calibrando sutilezas y sin saber si calibro bien o mal, esperando que el resultado no sea tan malo como a mí me parece. Si trato de ver la cosa desde fuera -la tuya y la mía -, creo que es positiva. Ningún escritor ha evitado el tormento indecible de la creación; por lo menos, ningún escritor que quiera escribir algo humano y verdadero en lugar de tonterías. Y es muy cierto, como tú dices, que los innumerables frenos interiores y



Con Antonio Buero Vallejo y su mujer Victoria Rodríguez, durante su viaje de novios en Granada (primavera, 1959).



Nuestro autor, en una cueva del Sacromonte granadino (fondo, cuarto por la derecha), junto a Alfonso Paso (fondo, centro), Purita Barríos (actriz del TEU de Granada), una actriz acompañante de Guillermo Marín (primero izquierda), prestigioso actor del teatro profesional de entonces), tres actores del TEU granadino y, en primer término, bailarinas de una zambra gitana... (1959)

exteriores de hoy nos impiden lograr, tras muchas dudas, más de una obra anual. En ese sentido, aún puedes tú llevarme relativa ventaja: la que yo mismo tuve en mis tiempos oscuros, en los que, con menor responsabilidad inmediata, todavía podía, algún año, escribir más de una obra.

Reescribe Ricitos y también otras cosas. No te pares ante lo que consideres malogrado; podrá ser corregido. Trabaja por el divino deber de trabajar. La maravillosa Granada es ahora para ti, lo comprendo, un lugar de asfixia y de posible burla; pero eso también has de superarlo. No sé si viniendo aquí o ahí mismo; tal vez esto último sea la verdadera superación. Estás entre las manos del dolor -¿y quién no las siente sobre sí?-, pero el dolor es el que nos puede dar la verdadera calma, la verdadera dignidad humana. Y nadie puede ya reírse, o despreciar ignorantemente; cuando ve ante sí acendrase una auténtica dignidad callada nacida del dolor. Tú debes superarte, aquí y allí: mostrar a todos que eres más grande que tus circunstanciales reveses, por muchos que éstos sean. Aunque para ello sea necesario suplir con un poco de externo estoicismo la tranquilidad aún no conseguida, las pasiones aún no bien conducidas. Por mi parte, y en defecto de una calma real que disto de tener, procuro ejercer la virtud menor y supletoria, pero virtud al fin, de este estoicismo. Porque no estoy, como tú dices, por encima de todo choque cobarde o alegría optimista. Todo ello me habita en exceso, aunque nunca, claro, podría recibir choque alguno porque tú estés alegre, sino al contrario. Eso me alegraría siempre de corazón. Y me entristece saberte triste. ¡No bebas! ¡No bebas! Esa es otra trampa de la autocompasión. Debes evitarla, ayudarte. De ti depende y de nadie más. (...)

Victoria te envía, con el mío, un abrazo muy cariñoso. ANTONIO.

¡Con qué profunda sencillez Antonio Buero Vallejo expone al amigo algunas de sus reflexiones, dictadas por la experiencia, ante la creación dramática! ¡Con cuánto cariño anima al amigo - no sin advertirle de la dura realidad - a proseguir su camino de dramaturgo!

Y en carta fechada un mes después, he aquí el testimonio de Alfonso Paso con respecto a la encrucijada vital y creadora, por la que atravesaba nuestro autor:

(Madrid, 29-9-59)

Querido Pepe: Disculpa mi tardanza en contestarte y la brevedad de estas líneas que yo quisiera muy largas. Pero valora lo escrito, porque acabo de terminar una obra para Lili Murati y, sin pausa, solo la que esta carta me brinda, me pongo con lo de Rivelles. Tú pensarás que soy un monstruo y tienes razón, no lo niego. Por el contrario, siempre estoy afirmando que soy "casi humano". ¿Por qué me preguntas, Pepe? ¿Por qué me escribes con la obra sin terminar? ¿Por qué pones el pretexto de tu trabajo en la ayudantía y tu medio hostil? A mí no, Pepe. En peores condiciones - muchísimo peores - he escrito yo. ¿No hay cafés en Granada? ¿No puedes escribir en el Suizo en lugar de charlar con los amigos? En fin, mi respuesta es la de siempre. Quema las naves. Vente a Madrid y lucha aquí. No me preocupa tu hambre porque el hambre es buena y teniéndonos a nosotros no la pasarías. Me preocupa tu YO. Tu intolerable YO, contento con sus defectos. "Soy Pepe Martín. Escribo despacio y sufro mucho". Si vinieras aquí serías Pepe Martín que escribe despacio y sufre mucho. Eso no lo cambia la capital. Lo cambia uno mismo. Como con el peor enemigo. A muerte. Y gritar "soy Pepe Martín que escribe más y

sufre lo que sea y se aguanta y sigue adelante y se come el mundo". No soy optimista. Pero creo firmemente en la voluntad del hombre, por encima de todo. Ese es tu problema actual. No nos desviemos. Para tomar una decisión, debes tomarla profundamente en tu "mismidad" y luchar como un tigre contra Pepe Martín que escribe poco y sufre mucho. Lo demás es circunstancial, se supone y viene por añadidura. Si no fueras autor, yo no te diría nada de esto. Quizás no hubiese hablado de teatro contigo. Tu YO funciona a sus anchas y siendo tan POBRECITO, tiene una enorme soberbia de sí. Y adora sus taras. Pepe... ¿qué importa que cualquier idiota te dé palmaditas en la espalda compasivamente? ¿Por qué temer tanto la mala piedad de los otros? Aprovéchala, tonto. Aprovéchate de los sucios piadosos y sé yunque paciente cuando no hay más remedio que ser yunque y martillo imparible cuando suena la hora. Con sentimiento solo no se va a ninguna parte; los sentimientos se tienen a solas con Buero, Sastre y Paso que te quieren mucho y te adoran. Es preciso ordenar los sentimientos, utilizarlos con política, y lanzarse al ÉXITO. Eso es, Pepe, lo que ahora necesitas. El ÉXITO. Para vivir, trabajar y subsistir. Por eso, aunque me grites, te dije que no a tu título. Porque si todos estos cretinos te acusan de lírico, fable, suave, etc.; les das el pan comido para machacarte y un buen tigre sabe hacerse el gato cuando conviene. RICITOS DE ORO, obra de Pepe Martín, Premio Nacional de Teatro, autor de tres taquillazos, es una cosa. De Pepe Martín, autor que empieza... ¡diablos Pepe! ¿Cómo no te das cuenta? ¿Por qué es de "autor comercial" procurar un título atractivo? ¿Hay un título más atractivo que Las cartas boca abajo?, de Antonio Buero? Eso son prejuicios de los puros sin lucha efectiva ante

los impuros con lucha eficaz y labor fijada. Con mi modo de sentir y hacer, -que no es aún sincero del todo - estoy pasando a las antologías. ¡Maldito lo que me importa! Te lo digo a cuenta de que se es y se permanece por lo que menos sospecha uno. (Bretón escribió óperas soberbias -según Saint-Saens- y ha quedado por un sainetillo lírico: La verbena de la Paloma). En fin: lo importante es que, como sea, termines la obra y empieces otra. Sin desánimo. Con fiebre. TUS AMIGOS estamos aquí para lo que quieras. Y no te importe pedir y humillarte, que día llegará que te tengamos que pedir todos. Deja Granada y dedícate a AUTOR. ¿Es más triste una pensión madrileña, con amigos, estrenos, ambiente de teatro, cafés donde escribir, mi familia que es tuya, que tu mundo de Granada? ¡Pepe, Pepe... por la Virgen... que está más claro que el agua! Y que todo lo complica esa falta de dominio sobre las emociones - que yo tuve - y esas lágrimas a flor de piel - que yo padecí - y de las que me curé luchando contra el más despreciable de mis enemigos: Alfonso Paso.

Pepe, de corazón, te esperamos porque vales. Escríbeme. ¿Quieres dinero? ¿Qué quieres? Pide con osadía, tonto, hermano pequeño sin solución que te quiere con toda el alma. ALFONSO. No cabe duda, Alfonso Paso coincide con Buero Vallejo en la definición de muchos aspectos del carácter de José Martín Recuerda, pero ¡cuán distinta de la de Buero Vallejo es la actitud vital y creadora de Alfonso Paso! De lo que no cabe duda es que a través de estos dos testimonios hemos podido observar, no sólo la situación vital y creadora de José Martín Recuerda en el año 1959, cuando estaba en pleno proceso de escritura de su obra Como las secas cañas del camino, sino también algunos rasgos fundamentales en el carácter personal

y creador de Antonio Buero y Alfonso Paso; ambos, por aquel tiempo, en plena efervescencia creadora.

Tras muchas dudas, comenzando por el título, como hemos visto, Martín Recuerda termina su obra titulada, definitivamente, Como las secas cañas del camino. La obra fue escrita en la pensión San José de Salobreña, pueblo costero de Granada. Con la salida de Julita Torres, protagonista de la obra, de su ambiente granadino de la Plaza de Bibarrambra para ejercer de maestra en un pueblo de la costa, se inaugura un nuevo ciclo en el teatro de José Martín Recuerda; un ciclo que el propio autor ha calificado de "iberista" y que tendrá su definición en Las salvajes, continuará con El Cristo e irá evolucionando hacia otras matizaciones; evolución hacia una de las dramaturgias - como dije - más singulares del siglo XX: una realidad fuera de toda duda y, por supuesto, de mi mayor o menor capacidad de demostración, aunque, con mi mejor voluntad, trataré de establecerla de aquí en adelante.

Pero prosigamos la peripécia dramática de Julita Torres, protagonista de Como las secas cañas..., quien, hija de militares arruinados, tiene que desempolvar su viejo título de maestra de escuela - carrera que hizo sólo por obtener una cierta cultura, por "cepillarse" como se decía en los provincianos y decadentes ambientes burgueses - y enfrentarse con la realidad de la vida; la realidad, fuera de los visillos de los balcones de la Plaza de Bibarrambra, es dura y hasta cruel, pero obliga a vivir y este vivir es la única verdad; una verdad trágica para nuestro personaje, pero, al fin, liberadora.

Un viento huracanado comenzaba a entrar en los "espacios cerrados" del teatro anterior de José Martín Recuerda; una "violación" físico-psíquica iba a

ser el rito escénico en un ceremonial purificador individual y colectivo. ("espacio cerrado" y "violación": dos términos empleados por el profesor y crítico Francisco Ruiz Ramón, en los diversos estudios que sobre el teatro de José Martín Recuerda realiza en su Historia del Teatro Español. Siglo XX, Edit. Cátedra, 3º ed. Madrid, 1977 y en Las salvajes... Las arrecogías... Edit. Cátedra. Col. "Letras Hispánicas", nº 65, 7º ed. Madrid, 1991).

Desde la creación de Como las secas cañas..., los aires de la costa granadina iban a entrar y barrer las telarañas de los viejos pisos burgueses de la Plaza de Bibarrambra de Granada.

La costa granadina: continuado estímulo de vida y creación

A partir del año 1959, Martín Recuerda descubre la costa granadina (Motril, Torrenueva, Salobreña, Almuñécar...) como lugar ideal para escribir sus obras, en las vacaciones de verano. La costa le da vida y, sobre todo, le infunde ese espíritu extrovertido y sincero de esta tierra. Le encanta oír hablar a voces y el sentido gráfico, hasta agotar la imagen, con que se expresan sus gentes; ese afán de materializar, hasta el límite, el espíritu en la palabra. Y, sobre todo, le encanta la actitud vitalista ante la vida, ya sea en las penas o en las alegrías. Pero la precaria situación económica de nuestro autor, no le permite pasar el verano en la costa si no cuenta con algún trabajo que le ayude a vivir. Y esta ayuda vino en Motril de parte de don Germán Pérez Alles y de doña Trinidad Alcalde. Primero en la Academia de don Germán (Academia Balmes) y después en la Academia de doña Trini (Academia del Pilar). José Martín Recuerda enseñó Literatura Española a unos alumnos entusiastas, con el placer del que cada vez se ha ido enamorando más de una tierra hasta convertirla, en la actualidad, en su tierra de adopción. No faltaron sinsabores y denuncias por dar clases a unos alumnos que, después, habían de ir a examinarse al Instituto Padre Suárez de Granada: las fuerzas vivas académicas planteaban problemas de ética al profesor "ayudante y gratuito" que tenía que ganarse la vida y que, más importante aún, sentía la imperiosa necesidad de comunicar, de escenificar, la gran tradición literaria española como parte de su propia vida, a unos jóvenes que, a principios de los años sesenta, se rebelaban como un aire nuevo en la España de la bilis y el odio soterrado. Por aquel tiempo, otro hombre ofreció su ayuda y su amistad a nuestro autor: Juan López. Él y su familia, con un cariño y una simpatía sin límites, acogieron a Martín Recuerda en su casa; una casa, por entonces, humilde, ya que Juan López, conocido popularmente por "el cohetero", estaba considerado de ideas izquierdistas, cosa que, como es lógico, le perjudicaba en su trabajo de modesto contrastista de obras. Juan López se pre-

ocupaba y se ocupaba de Martín Recuerda como si de un hijo más se tratara. Le trataba con el cariño y hasta con la severidad que le eran característicos, hasta el punto de que, humorísticamente, Martín Recuerda le llamara "mi sargento".

Hago aquí un inciso, en el devenir lógico, temporal - más o menos diacrónico - de la narración, para dejar constancia - en

vencia y las gentes de Motril siempre le despertaron: jamás confundió esos sentimientos con las interesadas manipulaciones caciquiles que sufrió - como más adelante veremos -, con respecto a Las salvajes y, después aún (1967) con motivo del estreno en televisión española de Como las secas cañas del camino, dirigida por Pilar Miró, se suscitó en Motril, Salobreña y hasta en Mur-

José Martín Recuerda escribe, en la costa, su obra culminante hasta entonces y una de las obras fundamentales de la larga posguerra española: Las salvajes en Puente San Gil. He aquí cómo el autor nos describe la gestación de esta obra:

Cansado de mi cobardía, mejor dicho, de que las circunstancias de mi vida me acobardaran, un verano intenté irme a

bir en una especie de chocilla que había junto al chambao, porque me hartaba de llorar con furia mientras escribía...

Con desprecio y furia - como digo - nacieron Las salvajes, sin creer que jamás se estrenarían. Me di cuenta entonces, o mejor, afirmé que mi forma de ser, mi temperamento verdad, estaba allí, en Las salvajes. Ese teatro español, realista, pasional, aguafuerte, nervioso, ciego, "como cartelón de feria o de crimen", como un crítico me dijo con acierto. Esta línea de teatro fue la que nació en mí desde un principio, la cual dejé en el bache en que escribí El teatrito de don Ramón por no saber cómo escribir para estrenar; tal era mi acobardamiento, porque muy largas y comprometidas son de contar las cosas, muy sufridas mis experiencias, muy contenidas mis ansias y muy dolorosa la búsqueda de un teatro, unas ideas, una manera de calar o investigar la vida española y de encontrar una técnica.

Tardé en escribir Las salvajes unos veinte o veinticinco días; pero el tema de la obra lo cacé desde hacía unos ocho o diez años, durante mis correrías al frente del Teatro Universitario por pueblos y ciudades de España. Por temor a que no se estrenara no la escribía. He de confesar que yo soy uno de los que se han acostumbrado a temblar porque "tengo" que escribir y de los que aborrecen la escritura, y de los que le dan miles y miles de vueltas a la cabeza antes de coger la pluma. Temas como el de Las salvajes cacé muchos, tomados de la realidad española en que me ha tocado vivir, porque éste es el teatro a que aspiro: el ibérico, el descentralizado de Madrid que tanto amana y daña al público, y el desconectado de toda línea extranjera a lo Brecht, Sartre, Ionesco, etc. (...)

Las salvajes responden, en su mayor parte, a un tema vivido. No comprendo el teatro mientras no lo viva. No tengo fuerzas donde apoyarme si no vivo lo que escribo. En muchísimos pueblos y capitales de España se puede observar cómo los señoritos y degenerados esperan en las puertas de los teatros a las coristas que actuaron en cualquier compañía de revistas. A una de las primeras actrices de Las salvajes, Pilar Salas, le ocurrió igual en alguna ocasión. Lo que sucede es que en este país la mayoría no queremos enterarnos de lo que no nos conviene con tal de seguir viviendo y comiendo. Las salvajes es un grito de rebelión contra los humillados - porque en el fondo no son siquiera fariseos, sino humillados - que se conforman en vivir como digo. Me pregunto si yo claudicaré y, de verdad, se me abre una interrogante enorme: me veo mal. Desde que me di cuenta de cómo tenemos que vivir, luché por no enterrarme, pero ¡qué difíciles equilibrios hago! ("Desahogo sobre algo de mí y de las 'salvajes'". Revista Primer Acto, nº 48. Madrid, 1963).

Ángel Cobo



Elisenda Ribas y Pepita Llunell, en una escena de 'Como las secas cañas del camino', estrenada en el teatro "Capsa", de Barcelona, el 6 de noviembre de 1965.

sincronía o lógica espiritual - de cómo nuestro autor, no hace tanto (1993) dedicó amplio y emocionado recuerdo a Motril en unas memorias tituladas De mis recuerdos más queridos en Motril y en una obra de teatro: "La Caramba" en la iglesia de San Jerónimo el Real (ambos trabajos publicados en Asukaría Mediterránea, S.L. Col. "Ingenio", nº 2, Motril, 1996); obra sobre la famosa tonadillera motrileña, de mediados del siglo XVIII, María Antonia Fernández "La Caramba": personaje idóneo en el que el autor ha dramatizado todos sus más íntimos sentimientos por Motril y, más significativo aún, los sentimientos de bondad, solidaridad y libertad que su convi-

cia un gran escándalo por unas pretendidas alusiones que, según decían - sobre todo los más interesados en explotar el huro "patriotismo" local - herían los sentimientos de los habitantes de estas localidades... También hay que decir que tanto en Motril como en Salobreña, Almuñécar y otros pueblos de Granada (Íllora, Ítrabo, Huétor Vega, Puerto Lope y Pinos Puente), en estos últimos años han honrado al dramaturgo dándole su nombre a calles y plazas, un teatro en Almuñécar y en Pinos Puente, y un Instituto de Bachillerato en Motril...

Y prosiguiendo el desarrollo temporal de los acontecimientos, hay que decir que es en el verano del año 1961 cuando

Almería para escribir teatro sobre La Chanca -obra que ya son como unos cinco años que tengo en la cabeza-. Abúlicamente me quedé en Torrenueva, pueblecillo de la costa granadina, y empecé a escribir con desprecio Las salvajes en Puente San Gil, pensando en que jamás estrenaría, ni escribiría teatro valiente y español: No puede triunfar en España un teatro así, (España, madre mía!... Me puse a escribir en una taberna-chambao de una playa solitaria. Me bañaba, me enamoraba, me emborrachaba. ¡Tenía tantas ganas de hacer todo esto! A veces escribía rodeado de marengos que bebían conmigo vino de la costa y ginebra. Otras veces me tenía que meter a escri-